

I Concurso de relatos **FICCIÓN Y CIENCIA**

Categoría Senior



LAS PEQUEÑAS COSAS



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA



Brain Dynamics

**I Concurso de relatos FICCIÓN Y CIENCIA
Categoría Senior**

LAS PEQUEÑAS COSAS

Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez
Diseño y maquetación: Aurora Álvarez Narváz
Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque

Colección Ficción y Ciencia. Senior. / Servicio de Documentación y Divulgación Científica

LAS PEQUEÑAS COSAS

Alicia Fernández García

“Uno se despide insensiblemente de pequeñas cosas lo mismo que un árbol que en tiempo de otoño se queda sin hojas”. Canción. Cesar Isella

Conduzco en silencio por un intestino de asfalto. Abismos marinos se abren a un lado de la carretera, simas vegetales al otro. Alternan ante mis ojos sus tentadoras propuestas de descanso eterno, al ritmo que balanceo el volante para adaptarlo a los requisitos de la carretera. Y me sueño a sí misma en el interior de este todoterreno a vista de pájaro, en un contrapicado espectacular que bien podría pertenecer a cualquier anuncio de coche de alta gama. Un potente vehículo que se desliza con la seguridad de una serpiente entre imposibles carreteras que zigzaguean al borde del precipicio. Pero de repente algo se revuelve en mi interior y deseo intensamente acabar con aquellas repugnantes historias perfectas de la pequeña pantalla tan alejadas de mi vida real. Así que vuelvo a la maravillosa escena de mi spot imaginario y hago que el coche se despeñe por el acantilado. Así de sencillo... Un crudo y bellissimo desgarro a cámara lenta en el que aquel todoterreno se va destripando lentamente en su descenso. Deja a su paso un reguero de piezas sobre las puntiagudas rocas. Jirones de chatarra brillante se adhieren al acantilado como húmedas lapas que permanecen eternamente inmóviles bajo un sol blanquecino. El gélido azul del océano ofrece un marco salpicado de destellos que titilan burlones antes de un desenfoque progresivo de la cámara y un fundido a negro final. El sueño de venganza contra las mentiras del mundo concluye cuando el pedregoso desvío se abre ante mí. La bajada por la ladera del peñasco permite ver el edificio de vanguardia encajado al fondo del barranco, contrastando con el abrupto paraje como una perla en

su costrón. Una paradoja arquitectónica de inexpugnables muros translúcidos. Un castillo de cuento de última generación.

Una vez pasados los controles biométricos en la zona de accesos, las puertas del vestíbulo principal se abren como las fauces de algún dios primitivo de cuyo interior emana un etílico aliento. En su interior, la majestuosidad catedralicia del edificio me hace experimentar un cierto temor reverencial, como si realmente alguna ubicua divinidad estuviera presente. Mis pasos reverberan ajenos en aéreas bóvedas al tiempo que avanzo por el pasillo de mármol, hasta que llego a una zona ajardinada, preludio de la zona de inter-nos. Esta es una construcción más antigua que ha sido engullida por la vanguardia tecnológica del edificio. De techos bajos, revestimientos de madera y cortinas estampadas de flores, resulta algo más parecida a un hogar.

Al alcanzar la 401, de nuevo aquel médico... Me llama repetidas veces resquebrajando la quietud del lugar. ¡VALERIA! Quiero pasar desapercibida pero la insistencia del hombre me hace imposible continuar el intento sin evidenciar que se trata de una huida en toda regla. Al llegar hasta mí, algo sofocado por unos pulmones de fumador, siento que me aprieta el brazo con excesiva fuerza. O quizás sólo se trata de que el rechazo que me produce este hombre hace que mis sentidos se focalicen en el estímulo táctil. Me pregunta cómo estoy.

- Algo cansada, sinceramente. Venir hasta aquí cada día me está agotando.

El médico parece percibir la sutil hostilidad de mi rostro, quizás el timbre de mi voz algo más agudo de lo habitual, y suelta mi brazo del mismo modo espontáneo que lo había sujetado.

- ¿Por qué lo hace? Quiero decir... ¿Por qué es necesario que venga todos los días? Aquí está sobradamente atendido, puede

monitorizarlo desde su terminal siempre que lo desee y, después de todo, él no sabe ya quién es usted...

- Parece que el olvido se contagia en este lugar, pues olvida usted que yo aún sé quién es él. Discúlpeme... —cerré la puerta de la habitación interrumpiendo toda posible respuesta.

Apoyada de espaldas a la puerta tomo aire. Creo que he perdido la práctica en todo lo social y, con ella, se esfumó el interés. ¿O fue al revés? En cualquier caso, el resultado fue que el contacto con otros me resulta incómodo. En cambio, en esta habitación, me siento a salvo de nuevo mientras la densa penumbra se va deshaciendo. Las primeras formas dan perspectiva al espacio, aún poco definido. Irreal. Allí, al fondo, se va dibujando de nuevo la cama cubierta de cables y ortopedias. Y en su centro, ensartado como un pequeño pez enroscado expirando en una red, ¿mi padre?

Me acerco despacio, como si acaso fuera a despertarse, pero un haz de luz se cuela por un resquicio de la cortina y delata aquel cráneo recubierto de piel en cuyas cuencas flotan unos ojos abiertos de par en par. Su mirada vacía se pierde en algún punto del espacio entre la cama y la pared. Ni aun cuando cojo su mano, parece poder enfocarme a pesar de que él gira levemente la cabeza hacia donde me encuentro. Me siento sobre la cama y apoyo mi cabeza en un pecho carcomido cuya vida se limita a un leve latido.

- Papá, ¿estás ahí?

Tan sólo el sonido emitido por el monitor me ofrece una respuesta en forma de pitido ralentizado, pero la duda pende en el aire. ¿Queda algo de mi padre dentro de esta frágil carcasa humana?

Levanto de nuevo la cabeza y le observo. Su mirada continúa perdida y empieza a temblar como un animalillo asustado. Probablemente la palabra “papá” ya no tenga significado para él. El lenguaje

quizás se le antoje un ruido extraño y terrorífico... Acaricio sus manos trémulas mientras tataréo lo primero que me viene a la cabeza. El sísmico movimiento cesa y quiero interpretar una sonrisa en la mueca del rostro frente a mí. No sé continuar la canción, así que, por hacer algo, rebusco en mi bolso aquel tocho de papel manchado con las huellas del tiempo.

- Mira, he apuntado más cosas en nuestra lista. ¿Te acuerdas de la lista? Querías que guardáramos juntos nuestros recuerdos...

La mirada de mi padre sigue ahora la señal lumínica del monitor.

- Papá, mírame...

- ...

- Lo del “cerebro de papel” fue idea tuya, ¿recuerdas? Siempre me dijiste que todos los alquimistas fueron unos fracasados, todos menos aquel que inventó el papel. Insistías en que una simple hoja en blanco ofrecía la vida eterna. Y eso te servía de excusa para hablarme de tus filósofos y escritores favoritos que, según tú, seguían vivos en las páginas que habían escrito.

- ...

- “¡Scripta manent!”, –pronuncio en voz alta simulando la voz de mi padre, por si el estímulo provoca alguna reacción en él– “¡Nada de copias de seguridad! Yo soy un hombre y mi espíritu será mío mientras sea libre, no encerrado en una máquina arrinconada a la que alguien le quitará el polvo alguna vez”.

- ...

- Mira, he apuntado más cosas, voy a leértelas. Estas son antiquísimas... Me dijo el doctor que los recuerdos más remotos son

los últimos en olvidarse. Es curioso, ¿eh? Los últimos recuerdos... Son como los escasos objetos que quedan en una casa abandonada durante largo tiempo. Cuando sucesivos expoliadores los van retirando, un desierto de polvo rodea la superficie aún brillante donde han estado. La huella de la ausencia aún nos lleva a esforzarnos por recordar el objeto que había estado justo ahí. La memoria de la memoria... Al principio permanece una imagen clara del objeto ausente. Pero pasa el tiempo y el polvo vuelve... Comienza a caer despacio. Imperceptible. Silencioso. Como una nieve cenicienta. El contraste entre la superficie brillante y el olvido empieza a ser cada vez más leve. Necesariamente empiezan a desvaírse los detalles y, al final, las cenizas del tiempo lo cubren todo...

- ...

Carraspeo y me concentro en el sucio atajo de papel que sostengo en el regazo. Acaricio los primeros párrafos, aún escritos con la caligrafía ya torpe de mi padre, y voy hasta las últimas páginas donde ayer por la noche me esforzaba en recoger, como si llevara un cazamariposas, ideas huidizas que pretendían escaparse de mi recuerdo.

- “*Te apostabas conmigo 4 pesetas la partida de parchís*”. –Le miro por si consigo activar a golpe de electroshock memorístico su mirada inteligente y socarrona. Pero no encuentro atisbo de ella en esos ojos.

- “*Me regalaste el cuento de Charolín y Mediasuela, las dos botitas gemelas. Fue mi primera lectura “seria” después de la cartilla Palau, cuyos signos me enseñaste a descifrar*”.

- ...

- “*Me cogías en tu regazo mientras sorbías el café de la merienda. Yo era una glotona y te pedía las galletas del plato. En-*

tonces mamá me regañaba desde la cocina y tú me las dabas a escondidas mientras nos reíamos en silencio, cómplices en aquella pequeña aventura”.

- ...
- *“Dabas explicación, con eterna paciencia y sin que tu amable sonrisa desfalleciera, a todas mis absurdas preguntas sobre el destino del alma de las hormigas, la vida nocturna de los objetos o el trabajo de los enanos de Blancanieves que ilustraban tus papeles secantes Pelikan”. –¿Te acuerdas de aquellas ilustraciones de enanitos tan bonitas, papá?*
- ...
- *“Empezaste a escribir unas memorias cuyo fin se diluyó en alguna sinapsis interrumpida. “Bienvenida, Valeria””. ¿Acaso preveías un final feliz con mi nacimiento? Un final de libro, claro...*
- ...
- *Sanchoooooo ¡QUIJOTE! Quijoteeeeeeee ¡SANCHO!... –Canto con la sonrisa que emana del feliz recuerdo– “La banda sonora de la serie de dibujos que veíamos juntos los sábados nos ponía el corazón a mil” ¿Recuerdas? Pues sí, nos gustaba a los dos aquel Don Quijote. A mí, porque me flipaban todos los dibujos. A ti, porque parecía que te gustaba ver mi cara regordeta desencajada mirando al noble hidalgo de triste figura, con la ilusión bruta emanando a borbotones.*
- *Cuando entraba corriendo por la cancela del patio, entonces rebosante de plantas, tronchaba con mi maleta las flores de mamá. Aunque no me veía, me sentía, y desde la cocina gritaba malhumorada al escucharme entrar revoloteando y llamándome*

te, pues era síntoma de que mi ímpetu destrozaría algún que otro esqueje. Mientras, tú escribías con tu maravillosa caligrafía entre ecos de transistor. Soltabas el bolígrafo y, con torpeza, te girabas en la silla para verme entrar como un abejorro por el cancelín mientras sonreías y me decías: “¿Qué hace mi lucerito?”. –Yo soy tu lucerito, papá. ¿Te acuerdas?

- ...

No quiero rendirme. Sigo empeñándome en inocular nuestros recuerdos (o los míos) en su cerebro como si de un trasplante capilar se tratase.

- *“Te daba el besito de rigor y, con el sincero interés infantil, te preguntaba si tenías algún regalo para mí. Entonces hurgabas entre tus papeles con parsimonia desmedida para exasperar mi paciencia, hasta que finalmente me hacías entrega de algún mágico secreto”.*

- ...

- *Mira, aquí te traigo la muñequita presumida. La recortaste del cartoncillo de los botes de pintalabios de chicle. El que pediste a Manolo el del kiosco para mí. ¿Te acuerdas? Guardo todos nuestros secretos, papá. Yo también necesito soportes externos en los que albergar los recuerdos. Parte de mí está en esta muñeca y en tantas otras cosas...*

- ...

Sé que mi padre no volverá a hablarme... Sé que su imagen frente a mí es una alquimia, un holograma, una proyección en 3D.

- *¿Sabes? El doctor y algunos colegas están guardando información en la materia. El doctor dice que cualquier cuerpo inerte*

puede albergar una cantidad enorme de información al ordenar su estructura atómica. Una piedra de un kilo podría albergar todo el conocimiento adquirido por la humanidad hasta ahora. ¿Te imaginas? Parece brujería, ¿verdad? Bueno, ahora lo llaman ciencia... Pero, al fin y al cabo, no es algo tan novedoso, ¿no crees? Fíjate cuántos recuerdos y emociones contiene esta simple muñeca de cartón.

- ...

Conducir es mi droga... Las carreteras comarcales de madrugada me producen un cierto efecto ansiolítico. El vacío de nuevo, más allá de la línea tenue de los focos del coche. El olor húmedo de la vegetación intuida, los sonidos atávicos de la noche... Quisiera conducir siempre, sin tener que llegar a ningún sitio concreto que desate una marea de recuerdos. Flotar por siempre en ese espacio purpúreo ausente de significados. Podría hacerlo... Podría dirigir las ruedas del coche hacia el negro infinito, donde se presupone el océano, y quedar suspendida en aquel vacío aséptico, indoloro, sedante... La imagen de mi propia lápida me viene a la mente como un significativo vacío de mi paso por el mundo, última estación de tránsito entre el ser y el olvido. Pienso en su padre con tantas cosas por recordar... Y pienso en mí misma, con tantas por olvidar... Paradojas de un cerebro que nos es tan extraño, potentísima herramienta en manos de un primate que apenas acaba de alzarse, tembloroso, despegando sus patas delanteras de la tierra. Un animal que despieza a sus presas con rudas herramientas y, apenas unos segundos después en la escala de tiempo cósmica, escudriña los secretos del universo con sofisticado instrumental. Si se trata de sobrevivir, ¿para qué entender los límites de la existencia? ¿Para qué comprender? ¿Para qué sentir? ¿Para qué recordar? El dolor o el olvido. A este simple binomio se reduce toda elección humana. Y en cambio, esa tendencia a la transcendencia inherente a todo lo humano...

Recuerdo las palabras de aquel insistente médico que había acabado por colarse en la habitación. “Por el momento no existe tratamiento curativo en fases tan avanzadas. La utilización de células nerviosas a partir de células cepas, en combinación con el uso de la vacuna contra las proteínas tóxicas resulta eficaz cuando ha habido una detección precoz. Las conexiones sinápticas en el caso de su padre son prácticamente inexistentes y su cerebro carece de mecanismos para tejer una red operativa cognitiva. Hasta ahora la monitorización permanente y la reparación paliativa de los daños con nanoproteínas nos han permitido mantenerlo orgánicamente vivo pero las funciones básicas no se mantendrían ya sin asistencia. No podemos arriesgarnos, Valeria, las inspecciones del Comité de Ética son cada vez más frecuentes, no olvide que este centro está en el ojo del huracán ahora mismo. Por otra parte, hemos comprobado que su visión está gravemente afectada y no hemos conseguido restablecerla aún.”

Aferrada al volante, revivo en voz alta mi respuesta como si repitiera la escena ante espectadores imaginarios.

- Usted sabe tanto como yo que él jamás quiso someterse a ese tipo de “tratamientos”. Yo me he limitado a respetar su decisión cuando su voluntad pasó a ser responsabilidad mía como un relevo que usted me cedió. Y aunque me diga que él ya no está, yo le veo ahí... a veces me mira y balbucea... ¿Cómo sé que ya no hay nada de mi padre en él? ¿Cómo sé si no le estoy matando si decido que dejen de mantenerlo “orgánicamente vivo”?

Recuerdo que el médico volvió a cogerme del brazo. Pero esta vez interpreté su aproximación física como un afán protector de aquel hombre.

- Valeria, no tiene que decidir algo así. —me dijo mirándome a los ojos—. Hemos hablado en anteriores ocasiones de otras posibilidades de recuperar a su padre. Aún no es tan tarde. Recuerde

que le hablé de la copia de seguridad que se le hizo a los 45 años... Él podrá recordarlo todo hasta esa edad... En cuanto a los sucesos posteriores, podrán implantarse recuerdos sintéticos que incluso no tendrían por qué ser tan traumáticos como los reales. La muerte de su madre... En fin... sería diferente... Su vida ahora sería mucho más agradable. Nada cambiaría en relación con usted y, además, tendría un cuerpo correspondiente a su edad... La enfermedad estaría controlada, sería como volver a empezar...

El médico se sentó en el banco de aquel pasillo extrañamente iluminado a aquellas horas. Una luz lechosa y refulgente bañaba la estancia y me recordó el estado de tránsito entre la vida y la muerte representado por la filmografía universal.

- Ya lo hemos hecho y está funcionando, Valeria, aunque usted no quiera admitirlo. ¿Acaso piensa que un primitivo marcapasos hacía que una persona dejara de ser humana? ¿Cuántas prótesis harían falta para que un hombre dejara de ser un hombre, para que se convirtiera en una máquina? Está en el ser humano el deseo de ir más allá de sus limitaciones; aunque cambiemos y mejoremos nuestro sustrato biológico, seguiremos siendo humanos, Valeria –cansado y mirándome desde aquel banco parecía que estuviera sentado en una iglesia hablando con Dios– Piense en usted... Tendría una segunda oportunidad para hacer o deshacer esas cosas de las que se arrepentirá toda la vida con respecto a su padre. Dígame... ¿para qué hemos de aprender de nuestros errores si no vamos a tener una segunda oportunidad? ¿No se arrepiente realmente de nada? ¿De haberle mentado en alguna ocasión? ¿De haber renegado de él? ¿Acaso no le reprendió cuando aún no sabía que tan sólo era un enfermo y no un viejo egoísta? Valeria, la he escuchado... Su padre nunca volverá a saber cuánto le ha querido, cuánto le quiere, por mucho que se lo repita una y otra vez. Su padre ya no está.

Su padre era el cúmulo de recuerdos, experiencias, emociones, sentimientos... que había en su cerebro. Y su cerebro está muerto. Tan sólo queda un cuerpo “orgánicamente vivo” de manera asistida.

Al entrar en la vieja casa familiar el eco de la frase reverberó en el recuerdo. “Su padre ya no está”. El viejo sillón vacío donde él permanecía horas sentado vino a confirmarlo. Sentí frío y me apresuré a cerrar la puerta. El espejo del antiguo aparador me devolvió la imagen de mi padre ante el que un día preguntó señalando a su reflejo, ¿quién es ese señor? Mientras me cepillo los dientes, observo el viejo peine de carey de mi padre, el que en algún momento miró sorprendido, como si jamás lo hubiera visto antes. Parecía preguntarse qué demonios se suponía que debía hacer con aquel chisme.

Este lugar es un insostenible hervidero de recuerdos y la cabeza no para de darme vueltas. Tal vez una pastilla conseguiría hacerme dormir, pero mi maldito cerebro seguiría funcionando de forma autónoma, indiferente a mi voluntad de desconectarlo. Y entonces soñé... Soñé que volvía a una casa antigua, vacía, de alguna forma extrañamente familiar. Era mi casa, aunque no lo pareciera. Una casa de paredes blancas y artesonado de madera. Era muy espaciosa. El suelo crujía mientras avanzaba, pues la madera parecía ser vieja. En las paredes había cabezas de ciervo... pero no, un momento... me acerqué despacio y entonces pude comprobar sin alterarme por el sorprendente descubrimiento que eran cabezas de personas conocidas. Mamá. Manuela, la vecina... El tío Pedro... Los muebles permanecían tapados por sábanas blancas, como si sus dueños los hubiera cubierto con la intención de deshabitar el hogar durante largo tiempo. Decidí abrir las ventanas para que el aire fresco de un bosque que se entreveía por ellas entrara en la casa. Y empecé a retirar las sábanas y a limpiar el polvo. Comencé a canturrear entretenida, ajena en la simple tarea y sentía la felicidad pura, esa que deriva de los momentos breves, aparentemente

insignificantes, de las pequeñas cosas... Me dispongo a quitar otra sábana más que reposa sobre un mueble alto, como un fantasma cansado de vagar. Al quitarla descubro bajo ella dos sillones apilados. Uno estaba invertido encajando el respaldar sobre el asiento del otro. Retiré el sillón superior con intención de colocar la pareja de forma simétrica frente a una vieja chimenea y entonces me percaté de que, sobre el asiento del sillón inferior, está sentado mi padre. Descansan sus manos relajadas sobre el reposabrazos. Su sonrisa... Sus ojos verdes, velados por cataratas, emanan una paz que inundaba la estancia. Me mira con ternura.

- ¡Papá! ¿Por qué no me habías dicho que estabas aquí? –Le pregunto con un trono apacible, como quien regaña a un niño que no es consciente de haber hecho una pequeña trastada.

- Pero si yo llevo aquí mucho tiempo... –Contestó con su voz tranquila.

Entonces me derrumbo en el suelo despacio, como si mis piernas fueran de nieve y comenzaran a derretirse bajo el sol. La paradoja me abruma... La tristeza me oprime la garganta porque ahora me doy cuenta de que mi padre había estado tan cerca todo este tiempo mientras yo no fui capaz de verle, pensando que él ya no estaba conmigo. En cambio la alegría rebosa del cuenco de mi sonrisa porque he descubierto que todo había sido un mal sueño, una mentira. Ahora sé que él está aquí conmigo. Mi padre está dentro de mí. Lo llevo conmigo donde quiera que voy ¡Lo había entendido todo al revés! Apoyo mi cabeza sobre las rodillas de papá y cierro los ojos. Él empieza a revolverme el pelo suavemente, como cuando era pequeña y le ponía los auriculares del transistor para que escuchara aquella canción que tanto le gustaba a él...

*“volvееееerrr, con la frente marchita,
las nieves del tiempo, platearon mi sieeeennn”.*

Mientras escucho aquella melodía, la mano de mi padre sobre mi nuca me hace flotar. El dolor se diluye y siento que no puedo ser más feliz en ningún otro lugar.

El doctor Tamayo abre el compartimento del depósito. G. Somoza. El apellido de su padre rotula el frontal de aquel archivador humano. El médico aparta la funda que recubre el cuerpo y lo observan en silencio. Un hombre de 45 años que duerme. Sin duda es idéntico a mi padre a esa edad. Por un momento me resultó chocante que mi padre fuera a tener 5 años más que yo... Tan sólo unas leves patas de gallo y unas arrugas de expresión algo marcadas cruzan aquel rostro recio y atractivo. No puedo evitar recordar la tupida tela de araña que cubre la cara del hombre que aún habita en otra ala de aquel mismo edificio.

- La copia de seguridad podrá volcarse en cuanto sea restaurada – dice el médico mientras vuelve a cubrir el cuerpo y empotrarlo en aquella colmena metálica–. Se hizo en equipos más antiguos y es necesario realizar algunos ajustes. También tendrá que rellenar la documentación que le entregarán en el mostrador. La mayor parte del proceso es un mero trámite administrativo. Lo que sí debe cumplimentar con más atención es el formulario que definirá los nuevos recuerdos que serán implantados. Está todo detallado. Si tiene cualquier duda, consúltemela personalmente.

El médico apoya su brazo sobre mi espalda y me empuja suavemente hacia el pasillo. Es evidente que tiene un poco de prisa. A pesar de ello, se esfuerza por no resultar brusco. Coge mi mano y habla con cierta inseguridad.

- Valeria... –me dice mientras pierde la mirada en el ajetreo diurno del fondo del pasillo– he de recordarle que ha de autorizar la retirada de la asistencia integral a su padre antes de que activemos su nueva entidad.

Retiro mi mano de entre las del médico con un movimiento súbito y desvío la mirada hacia el jardín.

- Estaré en la habitación. –murmuro al echar a andar sin mirar atrás.

En la oscuridad estigia de la 401, deposito un último beso en la frente de mi padre. Siento los pliegues de su piel en los labios. Me parece besar la corteza de un roble centenario. Me dirijo hacia la puerta y, tras de mí, cierro la tapa del ataúd. Me marchó hacia la luz dejando a mi padre dentro, enroscado como un pequeño feto, conectado por un tejido de cables a aquel inmenso útero.

A las tres de la mañana el doctor Tamayo se levanta del sillón de su despacho restregándose los ojos y bostezando. Apaga el pad mural donde había estado trabajando y se aproxima hacia la pared de cristal. Una inflamada luna se disuelve como una inmensa pastilla efervescente en el mar zahino. El ritual es acompañado por la danza silenciosa de árboles de brea mecidos al compás de alguna música inaudible. Un dolor en la espalda consigue sacarle del hipnótico espectáculo y cuelga el batín blanco en la percha de su despacho. Tendría que volver a casa, aunque no le encuentra el sentido a desplazarse más de 40 kilómetros para dormir solo. Bien podría quedarse en aquel sofá. Después de todo, aquel sí era su hogar. No obstante, una nueva punzada de dolor le recuerda el cómodo colchón del apartamento y se encamina al área de accesos.

Antes de llegar al mostrador del vestíbulo una auxiliar se le acerca agitando unos papeles con pasos pequeños y apresurados como una geisha ¡DOCTOR TAMAYO!

- Disculpe que le interrumpa, doctor –le dijo con una tímida sonrisa. Mirando aquellos ojos verdes su firme intención de volver al destartado apartamento vuelve a tambalearse– La señora Somoza ha firmado la autorización para retirar la asistencia a su padre.

El médico no entiende la preocupación de la chica. Quizás es de nueva incorporación, pues no la había visto antes por allí. Puede que tan sólo muestre un exceso de cuidado propio en los puestos recién estrenados. Además es una chica joven... También bonita, quizás por ello muestra una condescendencia inusual en él que no se hubiera dado en otro caso a aquellas horas.

- No se preocupe –le dijo con una sonrisa– ya estaba previsto. Por favor, entréguela mañana mismo a su responsable para que proceda con el trámite. Muchas gracias.

Intenta reanudar sus propósitos de marcharse a casa tras echar un último vistazo a aquellos cálidos ojos pero la chica se adelanta interceptando su paso.

- Perdóneme pero es que NO ha firmado nada más... No hay autorización para hacer el volcado, ni para activar la nueva entidad...

Durante unos segundos, la frase de la chica parece verter un hechizo paralizante en toda la estancia. Ni el sonido de una voz lejana, ni el ligero roce de las ruedas de un carro auxiliar por el piso esmaltado. Nada...

- ¿Cuál es su nombre, señorita? – Pregunta el médico tras salir del letargo.

- Virginia, doctor. – murmuró la auxiliar con cierto estupor.

- Virginia, este es un centro de gran reputación y prestigio. Se supone que hacemos grandes cosas... –La chica lo mira algo asustada, esperando una bronca de las graves, de esas que se sueltan sin gritos– Aquí hemos resuelto enigmas sobre la materia de la que estamos hechos. Y hemos obtenido respuestas que nos han dado claves para entender en gran medida la vida y la muerte, para seguir comprendiendo... Pero a veces olvidamos que los seres humanos no existimos en vacío. Estamos insertos en un tiempo y un espacio, como si estuviéramos adheridos a una cinta transportadora que avanza hacia... ¿el futuro? El cerebro humano puede conseguir cosas inimaginables. Pero tal vez ha de existir una sincronía entre el ser y sus circunstancias. Y ese proceso de acople tiene un tiempo y un tempo de adaptación que necesariamente han de ser humanos.

El médico mira la cara absorta de la chica. No sabe si había entendido lo que él había querido decir. En cualquier caso, tampoco tiene claro si su monólogo de madrugada soñolienta había sido para ella... Le desea buenas noches y se encamina a su apartamento vacío.

Ya las había pelado, quitado el corazón y cortado en cuartos. A papá siempre le gustaba que fueran reinetas porque se hacen antes y son más harinosas. Después les rociaba un poco de limón para que no se oscurecieran y las colocaba en la cazuela. Así... Les puso azúcar, agua y la cáscara de un limón del patio que había cogido esa misma mañana. Finalmente, tapó la cazuela y en seguida el olor se extendió por toda la casa como una presencia omnipresente y entrañable. Voilà! Compota de manzana.

Durante el proceso de cocción sonó el timbre. El camión de MRW se veía desde la ventana de la cocina. Valeria salió a la puerta y firmó el albarán donde aparecía el remitente: Centro Internacional

de Investigación Neurológica, CEIIN (Universidad de Málaga). Al coger la tijera del pescado para romper la cinta adhesiva, echó una ramita de canela en la cazuela.

Una estampita de su comunión, el transistor, fotos con mamá, con los tíos en la playa, el llavero de la suerte, el rosario de la abuela, la libreta rotulada con su preciosa letra: ¡Bienvenida Valeria! Abrió la libreta y aspiró el olor del viejo papel. Cayó un papel secante en el que Cascarrabias llevaba un tintero Pelikán en su carrillo de manos. Echó un vistazo a las primeras líneas:

“Cuando mi hija Valeria murió en aquel horrible accidente de coche, me volví viejo y débil. Todas mis firmes creencias se desplomaron. Sentí un miedo atroz ante la idea de que el olvido, la nada que se cernía sobre mí... arrasara con los recuerdos que conservaba de mi hija, todo lo que me quedaba de ella, o todo lo que me quedaba, sin más... Si desaparecían mis recuerdos, ella se iría para siempre... su cara llorosa enmarcada por sus rizos dorados mientras se acercaba a la verja del colegio, la leve presión de sus pequeñas manos aferradas a mi cuello cuando las balas acribillaban a King Kong en aquel cine de verano, su melódica vocecilla cantando en el coro, hinchando mi orgullo de padre hasta sentir que el corazón iba a elevarse como un aerostato hacia los confines del cielo. ¿Quién se ocuparía de mantener vivos aquellos pequeños milagros que constituían la esencia de una vida cualquiera como había sido la mía? No podía permitir que cayeran en aquel pozo de infinita oscuridad, aquella muerte definitiva, más allá de la muerte física, que es el olvido, el olvido de las pequeñas cosas, que es la peor de las pérdidas que un hombre puede soportar...”